

DISCURSO

DEL

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Sin poner en duda la sinceridad de cuantos predecesores míos en este sitio y en otras tantas ocasiones idénticas á ésta, se han lamentado de ser poco merecedores y hasta indignos de ocuparle, puedo afirmar yo, con el testimonio de los que, de vosotros, me conocen de cerca, que si no existiera, consagrada por el uso y admitida por las leyes de la cortesía, aquélla casi fórmula de encaje, habría que inventarla hoy para mí; porque si hay un hombre que, verdaderamente, pueda considerarse en este recinto fuera de su elemento natural y propio, ese hombre soy yo, que «de mis soledades

vengo,» avezado á contemplar el sol á través de los follajes de la tierra nativa, y expuesto aquí, de repente, á los rayos de su luz deslumbradora, sin la interposición de una sola nube que la empañe y temple sus rigores en el hermoso cielo en que surge y centellea. Y válgame lo que significa esta declaración honrada y cordial, como medida de la gratitud que os debo, y hasta de mi asombro por atreverme á decirlo en estas alturas, jamás contadas entre las limitadísimas ambiciones de mi vida.

Pero independientemente de estos motivos, hay otro, de índole tan especial, que, como comprenderíais desde luego si me fuera lícito publicarle con todos sus interesantes pormenores, basta por sí solo para que yo mire y considere con un respeto rayano del temor supersticioso, el sitio que me habéis designado al quedar vacante por la muerte de vuestro in-

signe compañero y muy querido y admirado amigo mío, el Sr. D. José de Castro y Serrano.

Es ambición corriente, por no decir innata, en las gentes aficionadas á la lectura, y muy en particular de obras de imaginación, la de conocer personalmente al autor de los libros más de su gusto, y hecho muy comprobado por la experiencia, que rara vez se satisface una codicia de éstas sin el castigo de un desencanto. Ni en lo moral ni en lo físico, suele resultar la persona que ha forjado la imaginación. No es raro que el autor de unas páginas en que chisporrotean los donaires y las filigranas de un ingenio vivo y regocijado, sea un hombre macizo, basto de líneas, torpe y seco de palabra y perezoso de ideas; ó, al contrario, que hayan brotado de la pluma de un sujeto enfermizo, débil y atrabiliario,

aquellos capítulos espléndidos, gallardos y viriles que nos entusiasmaron en letras de molde. Castro y Serrano era una señaladísima excepción en ésta que yo tengo por regla punto menos que general. El hombre y el escritor eran una misma cosa. Oírle, equivalía á leerle; y mucho de lo que en ocasiones se adivinaba en el libro, todo lo que la malicia daba por entendido en las páginas impresas, podía verse confirmado en labios del autor; y siempre llegaba á dudarse cuál, entre lo escrito y lo hablado, entretenía y cautivaba más.

Proverbiales son entre vosotros y cuantos tuvieron la fortuna de intimar con él, su exquisita cultura, su incomparable gracejo, su palabra chispeante, sus donaires y agudezas, contenidos siempre en los linderos de la más correcta educación; aquél, en fin, su *don de gentes*, por cuya virtud se le abrían puertas y cora-

zones. Y por ser ello tan sabido, no quiero insistir en la pintura de este aspecto interesantísimo de una figura de tan simpático relieve en el cuadro de la literatura española de estos últimos tiempos. Yo no fuí de los afortunados que le trataron mucho; pero me glorío de ser de los que con mayor desinterés admiraron sus prendas personales y sus dotes de escritor. Me tocó conocer las primeras en los últimos años de su vida, y lo breve de este goce dobló en mi corazón el sentimiento de su muerte.

Como escritor, no fué de los llamados *de alto vuelo*; pero sí de los que, volando á flor de tierra, mejor han sabido mirar hacia arriba para orientarse acá abajo en la tarea de buscar, para sus inspiraciones de artista, el lado más útil y pintoresco de la vida humana. De este modo consiguió tan á menudo extraer oro finísimo del barro común de las flaquezas

más vulgares y corrientes en el mundo de la realidad, y con la sutileza de su observación, descubrir y estimar lo que á la simple vista parecía más oculto ó más insignificante. Con arte exquisito lo daba color y forma: lo demás era obra privativa y misteriosa de su corazón, henchido siempre de nobles y hermosos sentimientos. Así logró más de una vez inclinar los caritativos de sus lectores al alivio de grandes y verdaderos infortunios, presentados como asuntos de sus cuadros literarios. Por cierto que los triunfos de este linaje debieron de ser los que más le halagaron, porque, ó no hay vanidad lícita en la tierra, ó debe serlo la de poseer una pluma con la virtud extraña de convertir las palabras que traza y las ideas que diluye en un papel, en pan y abrigo para los hambrientos, desnudos y desamparados.

De la solidez de sus escritos da testi—

monio, particularmente en los de crítica y sátira, pero sátira culta, comedida y urbana, el interés con que aún se leen, no obstante lo envejecido y remoto de las costumbres ó de los asuntos á que se refieren algunos de ellos; y cito por ejemplo las *Cartas transcendentales* y *La Novela del Egipto*, dos de los libros más leídos y con mayor justicia popularizados en España.

Quizás le fué la palabra más dócil que la pluma, porque se ve en sus escritos la huella del escrúpulo y el paso de la lima; pero nada de ello, como trabajo de artista delicado, quita brillo ni frescura á la obra de arte: antes la perfecciona y embellece. Así andan en sus libros las sanas y honradas ideas expresadas en lenguaje y estilo primorosos, lo mismo en lo festivo que en lo grave, porque á ambos tonos se adaptaba igualmente la complexión literaria del insigne escritor granadino.

«Si queréis ser leídos, sed amenos,» dijo al entrar por vez primera en esta Casa. Y al hablar así, predicaba con el ejemplo, porque cabalmente es la amenidad el encanto mayor de esas obras que le conquistaron un lugar de preferencia en la literatura contemporánea, y un puesto merecidísimo entre vosotros.

Del Académico, no debo ser yo quien hable sino para decir que fué bien poco afortunado en el sucesor que le cupo en suerte; porque un escritor como él, hombre, á la vez, que alcanzó, por lo notorio de sus virtudes y talentos, el raro privilegio de pasar á mejor vida sin dejar en el mundo un enemigo que con su enconada protesta turbe y desconcierte el nutrido coro de alabanzas de sus admiradores, merecía en esta ocasión pánegírico más resonante y autorizado que el que le tributa, en estos pocos y descosidos renglones, mi pluma inhábil y

torpe, aunque la muevan impulsos de cariño y de admiración.

En rigor, y juzgando de estos actos y de estas cosas por los cánones de mi propio criterio, no muy de fiar, aquí debiera poner fin á mi tarea, pues que en lo dicho se contiene ya cuanto puede pedirse á un hombre de bien y muy agradecido, al atravesar los umbrales que se le franquean, por inmerecido favor, de una morada cuyo esplendor y señorío le imponen y amedrentan; pero la costumbre admitida, ó los preceptos reglamentarios de esta Casa, piden algo más; y yo, sometiéndome respetuosamente á esa ley, aunque muy dura para mí, voy á intentar su cumplimiento, no dogmatizando sobre punto alguno de los innumerables de vuestra competencia bien acreditada, sino apuntando algunas observaciones, á mi modo y á la buena de

Dios, sobre aquello que menos mal se me alcanza dentro de la jurisdicción de mi temperamento literario, en el cual habéis visto vosotros, con gran sorpresa mía, méritos bastantes para traerme á vuestro lado.

Hablaré, pues, en cumplimiento de aquel penoso deber, que vuelvo á mencionar para ofrecérosle por disculpa de la mortificación que he de causaros, de la novela; pero no de la novela como género, sino de una de sus variedades ó especies, la más acomodada á la extensión de mis alcances: la *novela regional*.

Se ha convenido en dar este nombre á aquélla cuyo asunto se desenvuelve en una comarca ó lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cuales entran en la obra como parte principalísima de ella; con lo que queda dicho implícitamente que no cae dentro

de aquella denominación la novela *urbana*, de donde quiera que fuere la ciudad, siempre que sea de las que *se visten á la moderna* y se rigen por la ley de todas las sociedades llamadas cultas por ir absorbidas, y muy á su gusto, en el torrente circulatorio de las modas reinantes. La novela á que yo me refiero aquí, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable, que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte, que con el humano artificio de *las circunstancias*; y casi me atrevo á asegurar que en pocas naciones del mundo tiene esta importante rama de la literatura tan bien cimentada su razón de existencia, como en España, cuya unidad moral es, por la firmeza de su cohesión, tan de notarse, como la falta de ella en sus precedentes históricos y etnográficos, y en sus costumbres, climas y temperamentos. Se impone, pues,

aquí la novela regional, como se impone el sentimiento que la engendra y produce: el regionalismo, pasión acerca de la cual tiene el vulgo de los que discurren en los centros populosos y descoloridos, muy equivocados conceptos.

En opinión de estos aprensivos, el sentimiento, no ya la pasión, del regionalismo, conduce á la desmembración y aniquilamiento de la colectividad histórica y política, de la patria de todos, de *la patria grande*. Yo no sé si existirá algún caso de éstos en la tierra española, y, por de pronto, le niego, porque no le concibo en mi lealtad de castellano viejo; pero exista ó no, no es ese el regionalismo que yo profeso y ensalzo, y se nutre del amor al terruño natal, á sus leyes, usos y buenas costumbres; á sus aires, á su luz, á sus panoramas y horizontes; á sus fiestas y regocijos tradicionales, á sus consejos y baladas, al aroma de sus campos, á los

frutos de sus mieses, á las brisas de sus estios, á las *fogatas* de sus inviernos, á la mar de sus costas, á los montes de sus fronteras; y como compendio y suma de todo ello, al hogar en que se ha nacido y se espera morir; al grupo de la familia cobijada en su recinto, ó á las sombras veneradas de los que ya no existen de ella, pero que resucitan en el corazón y en la memoria de los vivos, en cada rezo de los que pide por los muertos, entre las tinieblas y el augusto silencio de la noche, la voz, que jamás se olvida, de la campana de la Iglesia vigilante..... Y así, por este orden, hasta lo que no se cuenta por números. Pues á este regionalismo le tengo yo por saludable, elevado y patriótico; y no comprendo cómo se le puede conceptuar de otra manera menos honrosa sin desconocer y confundir lastimosamente los organismos fundamentales de los Estados; organismos

cuya consistencia no dimana de unas cuantas leyes estampadas en un papel, por la convicción ó la conveniencia de unos cuantos hombres erigidos en legisladores, sino de algo que puso Dios en la esencia de otros más humildes; algo que se roza más con el alma que con el cuerpo; con el espíritu que se eleva, que con la materia que se arrastra; algo en que no se fijan los hombres tocados del vértigo de la preponderancia en todos los aspectos de las humanas ambiciones, y que, sin embargo, es la única sangre rica que va quedando en el cuerpo social, medio podrido á estas horas, si no mienten las señales que todos lamentáis á cada instante en libros y papeles.

Pero aun considerado este regionalismo como mera pasión romántica y sentimental, es acreedor á mayores respetos que los que debe al llamado *modernismo* hoy triunfante, que alardea de

desdeñarle siempre que le encuentra al paso, cuando no le escarnece y vilipendia, como á cosa vetusta y mal oliente, nocivo á la salud de las nuevas ideas, y estorbo á las corrientes de la cultura social y del progreso humano, incompatible, por lo visto, con toda casta de fronteras, las ideales inclusive; porque, á mi modo de ver, no sienta mal un poco de estética hasta en la ciencia de los números y en la prosa de la vida doméstica, y no puedo convencerme de que á un caudal le perjudique el estar compuesto de muchos tipos de moneda, ni de que los vínculos de una familia se relajen porque el hijo militar se engría con sus arreos marciales, el sacerdote con sus negros talarés y su púlpito, y el abogado con su toga y sus batallas forenses. Al cabo, de varios miembros se compone un cuerpo bien constituido, y ningún miembro se parece á otro, ni en la forma ni en el

destino que le está señalado por la naturaleza.

Quien haya tenido la desgracia de nacer y vivir entre calles urbanizadas y vecinos temporeros, sin otros horizontes á la vista que las dos bocas extremas de la calle, ni otro cielo que la menguada tira de él columbrada por la rendija de los contrapuestos aleros de ambas aceras, y se sienta arrastrado por las seducciones de la vida mundana, por la fiebre de la política ó la fiebre de la Bolsa, ó por el hechizo de los salones y espectáculos; quien viva, en suma, obligado por el gusto ó por la necesidad, aclimatado á los ruidos de las muchedumbres y al estruendo de las máquinas, y, como reñido con el sol, acostándose al amanecer y despertando á la caída de la tarde, no puede ser juez competente en esta clase de litigios. No sabrá nunca, no penetrará jamás lo que hablan, lo que dicen, lo

que enseñan; la fuerza, el poder atractivo y vivificante que poseen esos mil componentes de la vida regional gozada al aire libre y «de padres á hijos,» sin las trabas y cortapisas del código del llamado «bien vivir» en los centros populosos; lo que esas cosas, tan pequeñas, comparadas con lo que ahora se entiende por grande, arraigan en el espíritu de quien se haya formado entre ellas; cómo las lleva en el corazón y en la memoria adonde quiera que va, y le guían y confortan en las prosperidades y en los infortunios de la vida, y son el norte fijo de sus grandes ilusiones para el día, ambicionado siempre, de su vuelta al solar abandonado por los rigores de la necesidad.

No me atrevo á decir que les suceda lo propio á los hijos de las grandes poblaciones, á los nacidos y formados entre los hormigueros de sus calles, con

los recuerdos, mal grabados en la memoria, de una vivienda, de una plaza ó de un holgadero cualquiera, que ya no existen ó han cambiado de forma y de destino varias veces por imperio de una ley de *conveniencia pública*; pero no se puede negar que el hombre de las ciudades se acomoda fácilmente á vivir y morir en otras semejantes fuera de su patria, ni que esto jamás le sucede al hombre de la región, especialmente si es montañosa, que siempre vuelve á ella, como no se lo impida la mala fortuna, aunque no sea más que para morir al amparo de la cruz del campanario y entregar la inútil carga de sus huesos á la tierra sagrada del pobre camposanto de su remoto y escondido lugar.

Repito que conozco lo mísero del precio que estas minucias de la vida sencilla, obscura y semipatriarcal, alcanzan en el mercado en que tan alto se avalo-

ran los llamados «grandes intereses» de la vida moderna; pero también me consta, con toda certidumbre, que no son tan de despreciar entre los hombres de bien cultivado entendimiento, que todavía se resisten á dejarse conducir entre las pias de Epicuro, porque saben que tienen un alma, la cual necesita, por su destino y por su origen, un ambiente puro en que respirar, y que este ambiente no abunda en el espacio en que se revuelven las desenfrenadas ambiciones que imprimen sello y carácter á los tiempos que corren y á las gentes que se usan. De todas maneras, y por eso le apunto, el dato no deja de ser de fuerza contra los aprensivos que afirman que el entusiasmo por el terruño natal, es decir, por la *patria chica*, amengua el amor á la *patria grande*. ¡Como si la idea de toda esta patria no cupiera en aquel pedazo suyo! ¡Como si hasta para dar la vida por ella,

no fuera aguijón más poderoso que una imperfecta y vaga abstracción simbólica, el conocimiento y la posesión de una realidad palpable!

Pero no es éste el fin á que yo quiero ir á parar por la senda elegida de propio intento, aunque no me disgusta haberme tropezado con él de pasada: lo que me he propuesto, sencillamente, es presentaros un esbozo siquiera de lo que yo entiendo por región y por regionalismo, como campo de observación y materia inspiradora de la novela que ha de ser objeto de las consideraciones con que, bien á pesar mío, he de seguir molestándoo; sólo que en nadie como en mí se cumple lo de que «rara vez se corta por donde se señala,» ni en ningún trance de mi vida han andado tan desacordes como en éste, el sentimiento de la materia tratada y los medios de su expresión clara y metódica.

Quería yo deciros que el regionalismo de que voy hablando no tiene nada que ver con la Geografía política, ni con la Historia, ni con la ley fundamental del Estado, ni mucho menos con el Catastro nacional y demarcación de fronteras; ni con nadie ni con nada está reñido, sino con la pompa de los salones, el tufo de las grandes industrias, los «hombres de negocios» y el ajetreo político con todos sus derivados, congéneres, similares y *partehabientes*; y de aquí que pueda extenderse su jurisdicción hasta la ciudad misma, ó á la parte de ella en que, por milagro de Dios, respire todavía, como salamandra en el fuego, algo de la masa pintoresca del pueblo original y castizo, con su fe y sus gustos y sus leyes de abolengo. Donde algo de esto quede, allí hay regionalismo de ese que yo profeso y ensalzo y me atrevo á presentaros como rica, inagotable cantera en que acopia

sus materiales la novela regional, ó rústica, ó, más genérica y expresiva y propiamente hablando, la novela popular, y, por ende, nacional, española neta.

Dicho esto, y bien considerada su índole singularísima, la sencillez de colorido y contextura de sus elementos principales, se da por entendido que no basta, por sí solo, para componerla, el buen ingenio, por cultivado que esté en otros ambientes extraños, sino que se necesita llevar en la masa de la sangre el jugo de los componentes, que no podrá asimilarse nunca el novelista, por muy avisgado que sea, llegado, por curiosidad, á la comarca elegida, con la cartera de apuntes en la mano, como si se tratara de inventariar los estragos de un incendio ó los productos de una cosecha; porque bien sabido es que en la pintura de caracteres y costumbres, particularmente los de este linaje, importa más lo *de adentro* que

lo exterior; y lo de adentro no lo ve ni lo siente nadie que no lo lleve consigo y bien infiltrado en el alma; afirmación que me obliga á haceros una advertencia, aunque también parezca innecesaria, tratándose de jueces de tan recto pensar como vosotros, y de una sinceridad tan patente como la mía; y es, á saber, que ha de darse también por entendido que lo que diga en elogio de la novela regional, no irá ni siquiera en defensa de las desdichadas que yo compongo, sino de la calidad de los elementos de que me valgo para componerlas y de otros semejantes.

Volviendo al asunto, repito que no anda muy conforme con la definición que dejo hecha de la llamada vulgarmente novela regional, cierta crítica al uso, que no quiere ver en ella otra cosa que una pintura más ó menos fiel, especie de monografía, más ó menos literaria, de un

lugar determinado y de unas gentes y unas cosas singularísimas y excepcionales, fuera de toda relación y comercio con el resto de la patria común; «ordinarieces y vulgaridades» más que suficientemente remuneradas con el «pase» desdénso del lector «culto y distinguido.» Para estos señores compasivos, que muy á menudo se equivocan, la novela propiamente «seria» y digna de los honores de la crítica sesuda y docta; la novela nacional, legítima, de costumbres españolas, es la de guante blanco, la de los salones elegantes, la de la *alta* banca, de la *alta* política; la filosófica de los *problemas* y *conflictos* en cualquiera de los órdenes y jerarquías del presente estado social, etc. Y es que estos apasionados «modernistas» confunden lo interesante con lo castizo; lo más usual y á la moda, con lo característico y permanente; las ramas con el tronco; porque pase, y de

buen grado mío, que esta novela que tan altos y admirables vuelos ha tomado en el día, sea más interesante y atractiva para mayor número de lectores que la otra, porque es el reflejo del estado actual de ciertas cosas en muchas partes del mundo; pero por lo mismo que es así; por lo mismo que su asunto es moneda corriente en todos los salones, ó en todos los talleres, ó en todas las plazas públicas, en todas las sociedades, en fin, que alcanzan altura igual en el nivel de la cultura moderna, no puede ser la novela de ninguna de esas partes, porque está formada de elementos comunes á todas ellas; y todo lo podrá ser en España, que es la nación de Europa que más de lo ajeno va vestida, cuando á la moda se viste, menos novela de *costumbres españolas*, porque no son genuinamente españoles ni el modo de ser de sus personajes, ni los fondos de su escenario, ni

siquiera las pasiones ó virtudes que en ella juegan.

A la francesa..... ó á la inglesa, se vive hoy en la clásica tierra castellana, y se anda, y se legisla, y se viaja, y se piensa; á las horas que en Francia ó en Inglaterra, se sientan á comer nuestros próceres y gentes encopetadas; en francés se imprime la minuta de lo que van comiendo y hasta de los famosos vinos españoles que van bebiendo; extranjeros son los criados que hormiguan en derredor de la mesa; extranjero el vestido que los confunde con sus amos; extranjeros el aparato y los nombres de cada mueble y objeto de la estancia; extranjera la lengua que á ratos se habla entre los satisfechos comensales; extranjera la decoración del resto de la casa, y extranjeros, en fin, han de ser los libros que lean en sus ratos de ocio las señoras que la habitan. Al prócer ostentoso re-

meda el industrial acaudalado, y á éste el tendero presumido y el rentista vanidoso; y así, por esta escala abajo, hasta el empleadillo del entresuelo y el barbero de la esquina. Al teatro nacional le ahogan, como la yedra al arbusto que nació sano y vigoroso, los mal llamados *arreglos* de las producciones del vecino; de malas traducciones se nutren y atiborran los folletines de nuestros papeles públicos, y sabe Dios en qué lengua están escritas las restantes secciones de muchos de ellos; el deslavazado cuadrúpedo inglés ha sustituido en calles y paseos al gallardo potro jerezano, y á la hora presente ya le encuentra su jinete caprichoso menos divertido y elegante que pernear, encorvado y á horcajadas, sobre un artefacto, exótico también. De afuera han venido ciertas ideas que, ó porque no son buenas, ó por haber sido mal digeridas, tienen á los hombres, al-

tos y bajos, en perpetua locura y desconcierto. Por último, y en honra nuestra se diga, no brotó en España, tierra de cristianos, el germen venenoso del impulso brutal y despiadado que, con mano española, lanza la bomba mortífera y siembra el estrago sangriento en las muchedumbres desprevenidas é indefensas.

De este modo anda el extranjerismo infiltrado en nuestra vida social; en las costumbres que seguimos, dentro y fuera del hogar; en los nombres de las cosas más usuales y corrientes; en las ideas que ventilamos, en las leyes que nos rigen, y hasta en la lengua que se habla, y en los libros que se leen, y en la atmósfera que se respira. Y yo pregunto en vista de ello: ¿se puede construir con estos materiales extranjeros, y sin un milagro de Dios, una obra española, en el sentido en que debe tomarse esta pa-

labra cuando se trata de obras de arte? Responda el más obcecado *modernista*, y advierta de paso que, al negar esta condición á esa novela que tantas y tantas otras eminentísimas posee, no hago más que reclamar lo que el vulgo equivocadamente le adjudica, para dárselo á quien pertenece en buen derecho: á la novela regional, motivo de estas descosidas é insignificantes observaciones. Porque, ó no hay novela propiamente española, ó lo es ésta, hecha precisamente con los elementos indígenas desdeñados ó desconocidos por la otra; lo es, repito, esta novela, la novela de la provincia, la novela del campo ó de la costa; la del pueblo, en fin, alto ó bajo, urbano ó rústico, pero pueblo siempre, libre aún del contagio de esa invasión extraña, que todo lo desnaturaliza, confunde y amontona; del pueblo con sus leyes, usos, grandezas y miserias, virtudes y preocupacio-

nes, y, sobre todo, con su lengua original, rica y briosa; con sus modismos provinciales, que son, al decir de una autoridad (1) que no rechazaréis vosotros seguramente, «la savia, el jugo de la hermosa lengua castellana;» de la lengua del *Quijote*, y de todo el inapreciable tesoro de nuestra literatura clásica, del cual es parte principalísima la novela picaresca de los siglos de oro, y cuyos Guzmanes de Alfarache, Lazarillos de Tormes, Rinconetes, Monipodios, Pablos de Segovia y otros tales, bien poco tienen, en verdad, de caballeros elegantes de salón, ó de personajes de Parlamentos y Academias; ilustre y nunca bastante ensalzado abolengo del actual realismo castellano, bien escaso, por desdicha, en el vertiginoso movimiento literario de nuestros días; realis-

(1) Menéndez y Pelayo.

mo apenas advertido por los lince de la crítica poco há mencionada, y eso para considerarle como esfuerzo, «muy plausible,» de imitación del intruso, desconsolador y, á menudo, mal oliente naturalismo; que á extremos tales conduce la ceguedad humana, ó la fuerza de la rutina pedantesca, que tanto monta.

Pues bien, señores Académicos, y salvo siempre mejor parecer que el mío: yo creo que si no se otorga á la novela regional contemporánea el título de *castizamente española*, hay que negársele también á las citadas de los siglos de oro de nuestra literatura; porque, mal ó bien, hechas están las de hoy con los mismos elementos que las de ayer, y la condición de la hechura no modifica en nada la calidad de las cosas.

Con tiempo que yo no quiero robaros, se podrían establecer aquí unas cuantas diferencias muy substanciales entre las

dos castas de novela á las cuales voy refiriéndome, para venir á parar á que, siendo, como es, la moderna, la de hon-do análisis, la filosófica y social, la llamada, en fin, en castellano vigente, aunque bien poco castizo, «alta novela;» siendo ésta, repito, la preeminente hoy, no tanto por la fuerza de la moda, como por el valor positivo que la han dado sus grandes prendas artísticas, no es la otra, la popular, cosa de menospreciarse, y mucho menos tomada en el punto de perfección á que ha llegado la primera.

Os diría, entre otras cosas, que esta novela es á la regional, lo que los cuadros *de taller* son á las pinturas murales: hay en aquélla mayor lujo de composición y de estudio del modelo; la otra es, en cambio, más espontánea y briosa. La primera es la novela de las ideas; la segunda es preferentemente la de los he-

chos, más real, menos retórica. Aquélla estudia las cosas en el estado en que las pone el movimiento incesante de las novedades que pasan; ésta prefiere lo inmovible y duradero; la una pule y cincela, investiga y ahonda en los organismos sociales influídos por el llamado *medio ambiente*; la otra esculpe las figuras de sus cuadros en la roca misma de los montes, al aire libre y á la luz del sol. La primera busca para fondo de sus creaciones el aliño artificioso de la ciudad, hechura de los hombres; la segunda la naturaleza, obra de Dios é inmutable y de todos los tiempos. Aquélla se cuida y se paga más del dibujo, de las filigranas; ésta, del colorido. Por eso es más sencilla, y por ser así, menos interesante que la otra para la gran masa de lectores que respiran el mismo ambiente que el novelista que produce la de su gusto..... aunque estirando un poco la

materia y sin gran esfuerzo, esto del *interés* en las novelas (que no es siempre el *placer estético*) pudiera también dar motivo á otra larga serie de consideraciones que yo haría de muy buena gana, sin el temor de molestaros con ellas. Porque, en primer lugar, ¿qué se entiende por *interés* en una novela? Para un lector adocenado, el que resulta de las complicaciones y sorpresas de su argumento. Todo lo demás huelga para él en el libro.

Para otro lector, de los que se llaman simplemente «bien educados,» es decir, de los que andan muy á punto en lo de vivir á la moda, discretos á su manera y «correctamente» duchos en todos los tiquismiquis de la *buena sociedad*, el interés consiste en que cada personaje y cada accesorio ocupe en la novela de «su mundo» el lugar correspondiente; que el marqués sea siempre marqués, y el laca-

yo, lacayo; y, por último, que todo acabe en el libro como los gladiadores romanos sobre la arena del circo: con la elegancia que piden el escenario y los personajes.

Para otros lectores más *modernistas* aún, es decir, para los tétricos de la negación y de la duda, que son los *melemudos* de ahora, el interés estriba en el escarpelo sutil, en el análisis minucioso de las profundidades del espíritu humano; profundidades sombrías, ¡muy sombrías!.... negras si es posible, y en las cuales no exista nada, absolutamente nada de lo que hemos supuesto en ellas los simples mortales; nada, por consiguiente, de impulsos vírgenes, de ideas madres, de sentimientos nativos, espontáneos; nada de amor ciego, desinteresado y noble, como recurso, como elemento artístico. Este es achaque de tontos, rutinario y vetusto. Si acaso, la pie-

dad puramente filantrópica y razonada, á fin de que el marido, hombre de los refundidos en los últimos troqueles, que no es capaz de hacer dichosa á su mujer, aunque la idolatra y colma de respetos y de lujos, acabe por darle, gustosa y espontáneamente, la libertad que ella desea para ser más feliz con el amante, consentido y aceptado, tiempo hace, en el domicilio conyugal; que á esto y mucho más obliga la *dignidad* del hombre nuevo, sometida á la ley de su razón soberana y luminosa; ley que desconocieron ó profanaron lastimosamente los galanes puntillosos de Lope y Calderón. Mucho «molde nuevo» para todo, y nada, por consiguiente, de Providencia de tejas abajo ni de tejas arriba; algún cadáver que otro por los suelos al final, y, si acaso, el «hombre superior,» héroe de la novela, gozándose á su modo en aquella palpable demostración de la con-

sistencia y buena calidad de su tesis re-
dentora, y condensando su sentir huma-
nitario en un aforismo rimbombante,
muy parecido á la blasfemia de otros
tiempos.

Suplid vosotros con la memoria los
ejemplos que yo me callo, para venir á
parar cuanto antes á la afirmación que
me atrevo á hacer de que se cuentan por
los dedos los lectores que buscan el in-
terés y la verdadera delectación estética
en sus legítimas fuentes: en las galas ar-
tísticas de la obra; en su desarrollo firme,
natural y diáfano; en la verdad eterna-
mente humana de sus caracteres, y, so-
bre todo, en la concordancia substancial,
íntima, justa, del asunto y del lugar, con
el lenguaje y el estilo del novelista que
los refiere y describe. El mejor asunto
tratado impropia, incorrecta ó desaliña-
damente por el escritor, resulta, á lo
sumo, estatua fría, marmórea y obra más

de cantero que de escultor; porque el lenguaje y el estilo, no solamente han de ser la vida que dé movimiento y color al cuadro literario, sino el alma que le infunda expresión, fisonomía y carácter propios é inequívocos. Y quien esto sabe leer en un libro, sabe igualmente, y sin que yo se lo diga, que todos los idiomas, según dictamen de un meritísimo escritor contemporáneo (1), «tienen en sí una virtualidad estética que obra en el espíritu del lector como manantial de deleite, independientemente del contenido interior de ideas, de imágenes ó de afectos á que sirven de vestidura, y que esta virtualidad estética radica en la contextura gramatical y sintáctica de la frase, en el valor prosódico de los vocablos, valor que, aun mentalmente, distingue ese cierto oído que reside en el fondo

(1) J. Sardá.

del cerebro; radica en el enlace de las letras, de las sílabas, de las palabras; en la elección de éstas, en el desarrollo de las cláusulas, en el ritmo del período, en la trabazón, en fin, de todos y cada uno de los elementos gramaticales que forman los idiomas..... en la pluma de los escritores privilegiados.»

Privilegio, añadido yo, que, como el numen poético, es don de Dios, y no se enseña en ninguna escuela ni se aprende en ningún libro. Es el de la lengua un sentimiento como el de la poesía, como el del color, como el de la música, como el de la escultura. O se nace con él, ó no se adquiere. Donde le hay, se educa y se perfecciona; pero no se crea donde no existe. Así son los gérmenes, el instinto, la vocación del arte en todas y cada una de sus manifestaciones; y por eso en el empeño, en el afán de adquirir aquel don, se concluye por caer en el vicio del

lenguaje *culto*, arcáico, pedantesco y artificioso; pero no se llega jamás al propiamente clásico y castizo, que ha de ser personal, espontáneo, desenvuelto, noble y jugoso; y son ambos lenguajes tan distintos entre sí, aunque el vulgo de los lectores los confunda á cada paso, como la mentira y la verdad, ó el similor de alquimia y el oro nativo y puro.

Pues alguien en mi caso, y más atrevido que yo en lo de sentar jurisprudencia y hacer afirmaciones absolutas, diría aquí, fundado en las razones apuntadas en su lugar correspondiente, que si hay novela bien cortada y dispuesta para engalanarse con esas prendas, es la regional, por la misma sencillez y pureza nativas de sus componentes.

Pero es también innegable, volviendo á lo ya insinuado, que la multiplicidad de gustos, buenos y malos, en lo tocante á novelas, está bien justificada en el

abundante campo que la contemporánea ofrece hoy á la voracidad insaciable de los lectores, y en el buen crédito de que goza una gran parte de ella, sólidamente cimentado en el arte exquisito y en el talento poderoso de sus autores. Y por cierto que á la obra de ese tan glorioso renacimiento, no ha sido la falange española la que ha llegado más tarde ni con peor fortuna; ni esta Casa ilustre la que menor contingente ha dado á esa falange insigne. Testimonio de ello, entre otros que están á la vista, es la persona que habéis designado para apadrinarme en esta solemnidad; y bien sabe Dios cuánto deploro no tener yo otros títulos para merecer tan señalada honra, que la efusión con que la quiero y el entusiasmo con que admiro su ingenio soberano.

Pues esta misma persona, cuya labor literaria (ideas é intenciones aparte, que muy á menudo no son las mías ni de las

que yo aplaudo, como á él le consta sin llevarlo á mal, y le consta también al público que nos lee á los dos), cuya enorme labor literaria, repito, es ya imperecedero monumento del arte español contemporáneo, discurriendo, pocos días hace, en este mismo lugar que yo ocupo ahora, sobre las corrientes que arrastraban é imponían rumbos determinados á la novela de costumbres, terminaba su luminosa disertación dudando cuál sería el último modelo de ella, ó adónde iría á parar, según el andar que llevaba..... Pura modestia de mi ilustre compañero y amigo del alma; porque talento, vista, experiencia y perspicacia le sobran para saber, sabiendo, como ya sabe, en qué para todo lo que corre demasiado y se sale de sus legítimos cauces, sin otro guía que el vértigo de la inquietud y el estímulo de la novedad, que el objeto de sus dudas ha de parar, irremisiblemente—

te, ó en despeñarse, ó en volver al abandonado punto de partida para encauzarse de nuevo.

Sobre la roca solitaria de los mares pasa la furia de los vientos desencadenados, y las olas la flagelan con su azote, cuyas espumas escalan el espacio y se difunden en los plumizos nubarrones que se desgajan del cielo, preñado de tinieblas..... hasta que la ira de los vientos se calma, las aguas se adormecen, brilla el sol espléndido en el azul purísimo de la bóveda celeste, y la roca solitaria vuelve á erguirse inmóvil en la superficie mansa y rumorosa de la mar sin límites.

Pues algo semejante acontece cada día en todos los desbordamientos y tempestades de la veleidad humana. Lo que no muere nunca, lo que sobrevive á todo linaje de tempestades y de revoluciones, es lo que por sí es indestructible é inmutable, como el poder que lo ha creado y

la ley por que se rige y gobierna. A unos tiempos siguen otros tiempos, á unas modas otras modas, á unas costumbres otras costumbres; y miradas la humanidad y sus obras desde cada uno de estos puntos de vista, ningún tiempo se parece á otro, ninguna sociedad á otra sociedad, ninguna moda á otra moda, ninguna costumbre á otra costumbre, ningún hombre á otro hombre; y, sin embargo, dejad que los vientos se calmen, que lo revuelto se ordene; quiero decir, que se despoje á todos los hombres de sus atavíos y accesorios, desde el cayado y la zalea de los tiempos bíblicos, hasta la púrpura de los Césares, ó la armadura del Cruzado, ó la ropilla y los gregüescos de ayer, ó la chupa ó el frac ó la chaqueta de este siglo y de nuestros días, y siempre se hallará, debajo de éstas y de aquellas caprichosas, pegadizas y mudables envolturas, el mismo núcleo, el mis-

mo sér, el mismo padre Adán caído, en carne y hueso, con su naturaleza física asediada por todo linaje de pestes; con su naturaleza moral perseguida por todas las roñas de que es susceptible su corazón, puñado, al fin, de tierra impura; con su inteligencia, infundida por Dios para buscarle en el bien, y cegada por el diablo para extraviarle en el camino, ó, en otros términos y para otros gustos, con una razón que podría guiarle lejos de todo mal, y unas pasiones que le arrastran continuamente hacia él..... ¿Qué importan, para el caso, el color de las ideas, ó unas cuántas de menos ó de más en el cerebro? ¿Qué la casta ni el valor de las codicias que le devoran y aceleran el andar incierto de su vida? ¿Qué la ocasión ni el motivo de que se ejerciten y resplandezcan sus talentos y virtudes? Todas estas diferencias, que parecen esenciales, son pura casualidad, me-

ros accidentes de tiempo y de lugar, indumentos y accesorios exteriores; y el más ó el menos en lo postizo, eventual y mudable, no altera en nada, como dije de su hechura, la esencia de las cosas. De manera que el hombre, siempre y en todos los tiempos y lugares, es el mismo, y siempre nuevo en el escenario del mundo, como es siempre la misma, y nueva siempre, la naturaleza que le circunda.

Pues á este origen, á este punto de partida, han de volver, á la larga, las desbordadas corrientes de que tratábamos; porque el hombre y la naturaleza nunca pasarán de moda ni dejarán de ser motivo de inspiración para el novelista, como el desnudo para las artes plásticas; y sabido es, además, que cuanto mayor es la sencillez del elemento artístico, más grande resulta la obra de arte; y en un libro inspirado en estos componentes, siempre hallarán vivo y profundo

interés los lectores de buen gusto, para quienes, dicho sea de paso, deben escribirse los libros.

Por eso creo yo que no está la cordura del novelista en oponerse á las corrientes impetuosas de las ideas y de las modas literarias, sino en elegir un punto fuera del radio de su poder absorbente, para verlas pasar. Y séame lícito, porque no es injusto, colocar en este lugar indemne la novela de mi tesis, que es la más extraña á esas corrientes asoladoras; la más sencilla y modesta, y la que, como os dije al principio, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte que con el artificio endeble de *las circunstancias*.

Pero (y vaya como término de la mortificación que os estoy causando rato hace) quiero yo suponer y dar por hecho

que todos estos razonamientos míos son puras visiones de la fantasía apasionada; que en el torrente que se desborda y precipita, que en la tempestad que se desata, caiga y se derrumbe hasta la roca de mi ejemplo, que parecía incommovible; que nada quede de lo que antes fué; que en su desatentada velocidad, nada respete el carro del triunfador en su camino; que todo, absolutamente todo lo existente en este bajo mundo, se desfigure y refunda en los nuevos moldes de un porvenir más ó menos lejano..... Pues razón de más para que yo sustente con doblado empeño mis declaradas convicciones en la materia, y juzgue su preponderancia de mayor necesidad. Para cuando llegue ese día; para cuando no haya fronteras en las comarcas ni en las naciones; cuando en todo el mundo, que seguirá llamándose civilizado y culto, se vista un mismo traje y se sienta y se

piense del mismo modo, y por contera y remate se hable el *volapuk*; es decir, cuando los pueblos y las gentes pierdan sus peculiares rasgos fisonómicos; cuando el vastísimo cuadro de la humanidad no tenga más que un color, y ese muy triste, y el mundo llegue á ser una inmensa y desconsoladora estepa, y se mueran en ella de tedio sus habitantes, quédeles, por misericordia de Dios, el refugio del arte de estos tiempos, como fiel archivo de las olvidadas costumbres nacionales, donde hallen los desesperados algo en que poner los ojos del espíritu y emplear las fibras del corazón aterido y ocioso, y que este noble y puro deleite se difunda y circule por sus venas, como germen de más levantados estímulos y savia de una nueva vida.

HE DICHO.